

EL DESAFÍO DE LA TERMINOLOGÍA CIENTÍFICA

Ignacio Bravo

La Sociedad se siente abrumada por el lenguaje científico, técnico y médico, con sus miles de palabras nuevas que desembarcan, más o menos pacíficamente, en la lengua española. Estas palabras penetran a través de los medios de comunicación en el lenguaje en el que se comunica la Sociedad, a pesar de ser palabras ininteligibles para la mayoría de los ciudadanos, con el inevitable desconcierto generalizado. Sin duda, vivimos en una época -¡ya estamos en el siglo XXI!- marcada por los avances de la ciencia en sus múltiples facetas, que, a su vez, se multiplican y subdividen sin parar. La marcha triunfante del conocimiento científico tiene su repercusión en el lenguaje cotidiano -que se nutre de miles de palabras científicas, técnicas y médicas- complicando su correcta comprensión.

Con estas palabras nuevas tenemos, además del problema de entender su significado, otro problema de compleja solución: no se trata de palabras de origen español, son palabras que proceden de Estados Unidos o Gran Bretaña. El poder científico, tecnológico y de investigación médica de estos grandes e influentemente palabras nuevas que engordan la terminología científica de estas naciones a la vez que se extienden por el mundo y entran, también, en nuestro idioma, ¡la vital lengua española! Estas palabras nuevas, estos neologismos, que reúnen la doble característica de ser anglicismo (palabra de procedencia inglesa) y tecnicismo (palabra de significado técnico, médico o científico), se instalan en nuestra lengua por el propio peso de su uso y la complicidad de los medios de comunicación.

Puristas e innovadores

Así las cosas, hay personas que reaccionan criticando la utilización de los neologismos; son los puristas de la lengua. Una actitud radicalmente distinta es la de los innovadores, que asimilan inmediatamente todos los neologismos. Ante esta situación enfrentada entre puristas e innovadores, **Martín Vivaldi** (a quien debemos esta clasificación) opina que, en esencia, *"debe aceptarse el neologismo cuando no tengamos en nuestra lengua una palabra propia para indicar aquel fenómeno recién nacido que no tenemos más remedio que nombrar, llamándole de algún modo. Tal cosa ha sucedido con las voces antibiótico, radar, termonuclear, etc. El idioma es un organismo vivo y, como tal, se renueva continuamente. Defender el purismo conservador equivaldría a aceptar la concepción estática del idioma, equivaldría a defender -en última instancia- el latín vulgar, base de nuestra lengua. Pero tampoco conviene aceptar todo lo nuevo por el solo hecho de serlo. Conviene antes comprobar su legitimidad y su necesidad. Es preciso que lo nuevo sea bueno y conveniente"*.

El desafío de la terminología científica también lo ha tratado en sus libros de Periodismo científico el presidente de la **Asociación Española de Periodismo Científico, Manuel Calvo Hernando**. Para resolver los problemas del lenguaje en el periodismo científico, explica Calvo Hernando, se han propuesto varios caminos: incorporar la palabra nueva tal como viene del país de origen, es decir, introducir en nuestra habla corriente un extranjerismo más. Otra solución es la de nacionalizar la palabra extraña y, con ello, formar un vocablo que, sin dejar de ser del todo extranjero ni nacional, conserva un tufillo extranjeroide que

se huele a gran distancia. La tercera fórmula parece la más adecuada para conservar, sin demasiados tintes xenófobos, el idioma tal cual es. Consiste en buscar la palabra que equivalga a la extranjera, pero con sonido y raíces nacionales. *"Es aquí -concluye Calvo Hernando- donde los divulgadores científicos necesitamos la ayuda decisiva de los hombres de ciencia de nuestra lengua y de los especialistas del idioma"*.

El español, lengua viva

De cualquier modo, no podemos cerrar los ojos. Miles de nuevas palabras cruzan la frontera española y se acomodan en nuestro lenguaje cotidiano (aunque no comprendamos su significado exacto), especialmente a través de los medios de comunicación. Nos vemos obligados, por lo tanto, a convivir con esta situación caracterizada por la incorporación masiva de nuevas palabras. Tenía muchísima razón nuestro eminente **Gregorio Marañón** cuando reflexionaba: *"El porvenir nos va a arrollar. Si no nos decidimos a hacer un lenguaje vivo, repleto de los tecnicismos que hagan falta, sin miedo a extranjerismos, sin oposición puritana a ellos, nuestra lengua se escindirá en dos: una pura y culta, pero muerta, que manejará solamente una minoría; y otra que correrá por el arroyo -al margen del influjo académico- anárquico y corrompido"*.

En definitiva, el desafío está ahí, en saber asimilar para los intereses de los hablantes de la lengua española el caudal de tecnicismos y anglicismos procedentes de la musculosa lengua inglesa, la primera, la que manda hoy en el mundo, la lengua del Imperio. ■